



IV

LA CARAVANA EN MARCHA

A primera hora del día siguiente, el intrépido Tartarin y el no menos denodado príncipe Gregory, seguidos por media docena de mozos negros, salían de Milianah y bajaban hacia la llanura de Cheliff por una deliciosa pendiente llena de jazmines, tuyas, aromos, algarrobos y olivos selváticos, entre los que serpenteaban unos cuantos riachuelos, que saltaban juguetones y murmurantes de roca en roca.

Un paisaje del Líbano.

Tan cargado de armas como el gran Tartarin, el príncipe Gregory se había provisto además de un magnífico y extraño kepis galoneado de oro, con un entorchado de hojas de roble bordadas de plata; cuyo kepis daba á Su Alteza el aspecto de un general mejicano, ó de un jefe de estación de ferrocarriles de orillas del Danubio.

Esta gorra intrigaba mucho al tarasconense; y como pidiese tímidamente alguna explicación, el Príncipe respondió con gravedad:

—Esto es indispensable para viajar por África.

Y frotando la visera con el envés de la manga, informó á su cándido compañero sobre el papel importantísimo que juega el kepis en las relaciones entre Francia y Argelia. Los árabes experimentan un gran terror ante esta insignia militar. Y hasta tal punto domina el kepis, que aun para la administración civil de la colonia, Francia se ha visto obligada á cubrir la cabeza de todos sus agentes con semejante adminiculo, desde el peón camine-

ro hasta el administrador de Correos. En suma: para gobernar Argelia—es el Príncipe quien habla—no se requiere una gran cabeza, ni siquiera una cabeza: basta un kepis galoneado, reluciendo al extremo de un palo, como la gorra de Gessler.

Charla que te charla, iba la caravana adelante filosofando.

Los mozos, descalzos, brincaban por encima de aquellos arroyuelos, chillando como monos, y los indígenas que pasaban por allí se inclinaban hasta el suelo delante de nuestros viajeros. Allá arriba, en los baluartes de Milianah, el jefe del puesto árabe, que tomaba el fresco de la mañana con su dama, viendo armas que brillaban entre las ramas, creyó que iban á atacarle y en seguida mandó alzar los puentes levadizos y tocar á generala, dictando las órdenes más adecuadas para una enérgica defensa.

¡Buen principio para la caravana!

Y no ocurrió esto sólo, pues antes de concluirse el día, otras contrariedades asaltaron á nuestros viajeros.

De los negros que llevaban los equipajes, uno fué atacado de un cólico atroz,

por haberse comido el aglutinante encerrado en el botiquín, y otro cayó en la orilla del camino, borracho perdido de aguardiente alcanforado. El tercero, el que llevaba el álbum de viajes, seducido por las relumbrantes cantoneras y los dorados broches, y persuadido de que tenía en las manos los tesoros de la Meca, huyó con su carga hacia Zaccar.



Al ver tales contratiempos, la caravana hizo alto á la sombra de una vieja higuera, para deliberar respecto á lo que podría serles más conveniente.



—Mi parecer es, dijo el Príncipe, procurando, aunque en vano,

desleir un poco de extracto de carne en una cacerola perfeccionada; mi parecer es que desde esta noche despidamos á los negros... Hay muy cerca de aquí un mercado árabe, y lo mejor que podemos

hacer es llegarnos allí y comprar unos cuantos borriquillos...

—¡No!... ¡No!... ¡Nada de eso!... interrumpió con viveza el gran Tartarin, que se puso muy colorado acordándose del Negrito.

Y añadió el muy hipócrita:

—¿Cómo queréis que esos animales tan pequeños puedan llevar todo nuestro material?

El Príncipe sonrió.

—Os equivocáis, mi ilustre amigo. Por delgado y débil que os parezca, el *bourriquot* argelino tiene mucha fuerza... Bien la necesitan para soportar todo lo que soportan. Preguntad, si no, á los árabes. He aquí cómo explican la organización colonial de Francia en Argel... En lo alto, lo más alto, en la cúspide, está *musiu*, gobernador, con un gran garrote con que pega sobre el Estado Mayor; el Estado Mayor, para vengarse, pega sobre el soldado; el soldado sobre el colono; el colono sobre el árabe; el árabe



sobre el negro; el negro sobre el judío, y el judío, en fin, pega al borrico. Y el pobre borrico, no teniendo sobre quién dar, pone el espinazo y lleva todo sobre sí. Ahora, ya comprenderá usted, amigo ilustre, que bien puede llevar las cajas de vuestro material sobre sus lomos.

—¡No me importa! repuso Tartarin; no me gusta una caravana de burros, hace mal efecto... Quisiera una cosa más oriental... ¡Si pudiéramos tener un camello!...

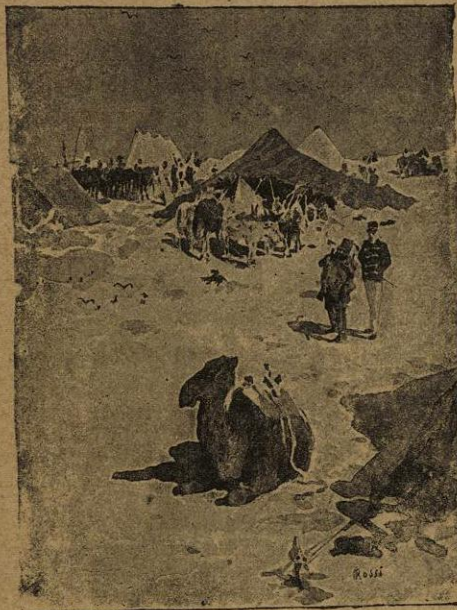
—Todos cuantos queráis, respondió Su Alteza.

Y se pusieron en marcha para el mercado árabe, que se hallaba á algunos kilómetros de allí, en las orillas del Cheliff.

Había en él cinco ó seis mil árabes desharrapados, moviéndose al sol y traficando ruidosamente entre jarros llenos de aceitunas negras, de pucheros de miel, de sacos de especias, de montones de cigarros, de grandes hogueras en las que se asaban carneros enteros, chorreando grasa, y de carnicerías al aire libre, en las que unos cuantos negros, casi completamente desnudos y con los

brazos encarnados, despedazaban cabritos colgados de un palo.

Allá en un lado, bajo una tienda re-



mendada de mil cojores, hallábase un escribano moro con un gran libro delante, y anteojos. Por acá se veía un grupo, en que se gritaba desafortadamente, to-

dos encolerizados : era un juego de ruleta, instalado el aparato sobre una mesa improvisada, sustentada por una medida de trigo.

Alrededor estaban echados boca abajo kabilas enteras.

A otra parte, se percibe un gran pataleo, una grande alegría, un ruido extrepitoso de carcajadas : es el público ante el espectáculo de un mercader judío que se ahoga con su mula, en las aguas del Cheliff.

Luego, escorpiones. perros, cuervos, moscas, pero ¡cuántas moscas!

Los camellos brillaban por su ausencia.

Sin embargo, á fuerza de buscar, acabaron por encontrar uno, del que se querían deshacer sus dueños. Era el verdadero tipo del camello del Desierto, el camello clásico, calvo, de aspecto triste, con su larga cabeza de beduino; y su joroba, que se había puesto muy blanda por los largos ayunos, cayendo melancólicamente hacia un lado.

Tartarín le encontró tan hermoso, que quiso que la caravana entera subiera en él...

¡Siempre el entusiasmo por todo lo que era orientall...

El camello se agachó. Cargáronsele las maletas, cinchándole.

El Príncipe se instaló en el cuello del animal; y Tartarin, para aparecer más majestuoso, se hizo colocar encima de la joroba, entre dos cajones, y desde allí, saludando á toda la concurrencia, dió la señal de marcha...

¡Lástima grande que sus paisanos no hubieran podido verle!...

El camello se levantó, alargó sus piernas y empezó su marcha con bastante celeridad.

Pero ¡oh sorpresa! después de algunos pasos, Tartarin se sintió mal, y la heroica *chechia* tomó una de sus antiguas posturas de cuando estaba á bordo de *El Zuavo*.

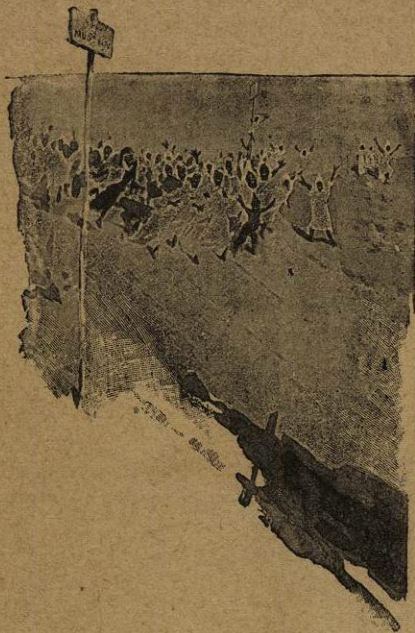
¡Elendiablado camello cabeceaba como una fragata!

—¡Príncipe, Príncipe! murmuró Tartarin pálido y agarrándose á la joroba; Príncipe, por favor, apeémonos... Siento... siento... que por mi culpa van á burlarse de Francia...

Pero el camello había echado á andar,
y nada podía detenerle ya.

Cuatro mil árabes corrían detrás de él,
descalzos, gesticulando, riendo como
locos y enseñando sus blancos dientes.

El gran hombre de Tarascón tuvo que
resignarse, y desconcertado, más por la
vergüenza que por el mareo, se asió lo
más fuertemente que pudo y se dejó lle-
var, tomando su *chechia* todas las postu-
ras que quiso, y... de Francia se burló
toda aquella gente.





V

EL ACECHO DE NOCHE

EN UN BOSQUE DE ADELFA

POR pintoresca que fuera su cabalgadura, nuestros matadores de leones tuvieron que renunciar á ella, continuando su camino á pie como antes, y la carava-

na se fué tranquilamente hacia el Sur por pequeñas jornadas. Tartarin á la cabeza, el montenegrino á la cola, y en medio el camello con las cajas de armas.

La expedición duró cerca de un mes.

Entregado por completo á su leonícida pasión, el tarasconense marchaba siempre recto, sin mirar ni á derecha ni á izquierda, pensando sin cesar en aquellas fieras cuya persecución tantos disgustos le proporcionaba.

Durante un mes entero, buscando leones invisibles, el feroz Tartarin anduvo de aduar en aduar, en la inmensa llanura del Cheliff, á través de las hierbas abrasadas por el sol, de las malezas y de los cactus, errando por esta Argelia francesa, terrible y zumbona á la vez, donde los perfumes del viejo Oriente se mezclan con los olores del ajeno y del cuartel.

En Argelia se mezclan Abraham y Zuzu, algo como sueño de hadas y como inocencias burlescas; algo como una página del Antiguo Testamento contada por el sargento La Ramée ó Pitou... Curioso espectáculo para ojos que hubiesen querido y sabido ver: un pueblo salvaje

y podrido que Francia civiliza dándole sus vicios... La autoridad feroz, sin garantía y sin inspección, de bajalatos fantásticos que se suenan con las grandes cruces de la Legión de Honor, y que por un "quítame allá esas pajas," apalean bárbaramente al que cogen por delante. La justicia sin conciencia de los cadíes, de grandes antiparras, tartufos hipócritas del Korán y de la ley que sueñan con ascensos bajo las palmeras, vendiendo sus decretos y sus juicios como Esaú el derecho de su primogenitura por un plato de lentejas ó de alcucuz con azúcar. Alcaldes libertinos y borrachos, antiguos limpiabotas de un general Yusuf cualquiera, que se hartan de champaña con sus modistillas mahonesas, celebrando francachelas con corderos asados, mientras que delante de sus tiendas toda la tribu se muere de hambre, disputando á los perros las sobras de la comida de la orgía señorial.

Alrededor, por todas partes, llanuras eriales, hierba quemada, calvos chaparros, maqués, cactus, lentiscos... ¡el granero de Francia! Granero vacío de

granos, y solamente rico en chacales y en chinches. Aduares abandonados, tribus despavoridas que se van sin saber adónde, huyendo del hambre, sembrando cadáveres á lo largo de sus largas travesías. Muy lejos unos de otros, algún pueblecillo francés con casas en ruina, campos sin cultivo, plagas de devoradoras langostas que se comen hasta las cortinillas de las ventanas, y todos los colonos en los cafés, dedicados á beber el ajenjo, ¡¡¡discutiendo los proyectos de reforma constitucional!!!

He ahí lo que Tartarin hubo podido ver si se hubiese tomado el trabajo de mirar; pero entregado á su pasión leonícida, el hombre de Tarascón iba recto por su camino, sin mirar á derecha ni á izquierda, sino sólo al frente, con la mirada obstinadamente fija en los monstruos imaginarios que no parecían jamás.

Como la tienda de campaña se obstinaba en no abrirse, la caravana se veía obligada á detenerse en cada tribu que encontraba al paso. Por todas partes, gracias al kepis del príncipe Gregory, nuestros cazadores eran recibidos con

los brazos abiertos. Se alojaban en las viviendas de los *agá*, en los extraños palacios, grandes quintas blancas, destaraladas y sin ventanas, donde suelen encontrarse ricas pipas, muebles de caoba, tapices de Smirna, lámparas, cofres de cedro llenos de cequines turcos, y relojes de sobremesa estilo Luis Felipe... Por todas partes obsequiaban á Tartarin con fiestas espléndidas, con *diffas* y *fantasias*... En su honor se hacía hablar la pólvora en abundancia. Cuando la pólvora había hablado, venía el *agá* y presentaba la cuenta. Esto es lo que llaman los árabes hospitalidad.

Pero los leones seguían sin parecer.

Eso no obstante, el tarasconense no perdía las esperanzas, y dirigiéndose siempre al Sur, pasaba días enteros rebuscando entre las palmeras enanas, sacudiéndolas con el cañón de la carabina, haciendo ruido como para levantar la caza, y por las noches consumía dos ó tres horas en acecho...

¡Trabajo perdido!

Los leones no parecían.

Una tarde, á eso de las seis, atrave-

sando la caravana un bosquecillo de palmeras entre las que saltaban grandes codornices, Tartarin de Tarascón creyó oír, pero muy lejos y muy débil, aquel maravilloso rugido que había escuchado tan repentinamente allá en su país, detrás de la barraca de Mitaine.

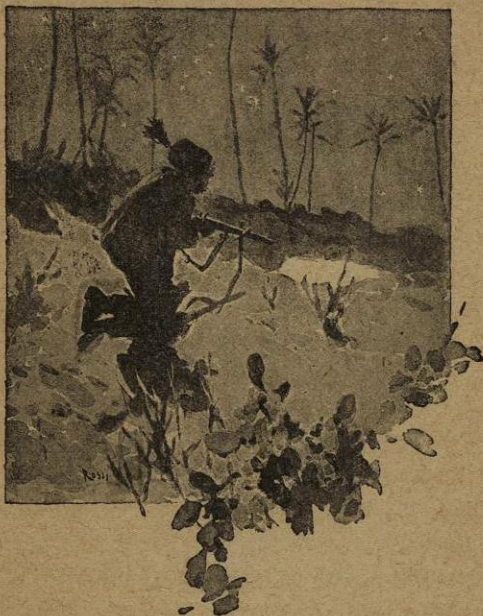
Al principio, nuestro héroe creyó que soñaba...; mas un momento después, lejanos siempre, pero más distintos, los ruidos empezaron de nuevo; y esta vez, mientras que en todos lados se oía aullar los perros de los aduanares, la joroba del camello tuvo un estremecimiento de espanto que hizo sonar las cajas de conservas y las armas.

Ya no cabía duda.

Era el león... y pronto, muy pronto se puso en observación sin perder un minuto.

Había cerca de aquel sitio, como colocado á propósito, un antiguo morabito, ó sea sepulcro de santón, de blanca cúpula, y colocadas en un nicho, que estaba encima de la puerta, las babuchas del difunto, juntamente con pedazos de albornoces, hilos de oro y cabellos que colgaban

á lo largo de las paredes como verdaderos ex votos. Tartarin hizo entrar en él al Príncipe y al camello, y se puso á bus-



car paraje á propósito para el acecho.

Gregory quiso seguirle: mas el tarasconense rehusó, pues quería encontrarse solo con el león. No obstante, recomendó á Su Alteza que no se alejara, y como

medida de precaución, le confió su cartera, una enorme cartera llena de papeles importantes y de billetes de banco, temiendo que el león los rompiera con sus garras. Hecho esto, el héroe buscó un puesto conveniente.

Cien pasos más allá del morabito había un bosquecillo de adelfas en la orilla de un riachuelo casi seco. Allí fué donde se emboscó Tartarin, con una rodilla en tierra, según fórmula, la carabina en la mano y el cuchillo de monte hincado en la arena delante de él.

Llegó la noche.

En el lecho enjuto del riachuelo relucía como un espejo un charquito de agua: era el abrevadero de las fieras.

En la pendiente de la opuesta orilla se veía vagamente el sendero trazado por sus enormes patas. Aquella cuestecita misteriosa daba escalofríos, y si juntáis á esto el continuo hormiguelo de las noches africanas, roce de ramas, ladridos de chacales, y allá arriba, en el espacio, bandadas de grullas que pasan produciendo sonidos discordantes parecidos á los gritos molestos que lanzan los mu-

chachos cuando se les castiga y huyen, confesaréis que no era extraño que nuestro héroe se sintiera alterado y nervioso.

Tartarin lo estaba, y mucho.

Daba diente con diente el infeliz, y en el mango de su cuchillo, clavado en tierra, el cañón de su fusil sonaba como si fuera castañuelas...

¿Qué fué entonces de su serenidad y sangre fría?

¿Qué de su intrepidez y de su valor?

¿Tuvo miedo quizás? Hay momentos en que uno no es dueño de sus nervios. ¿Y qué sería, además, de los héroes si alguna vez no tuvieran miedo?

Pues bien, sí; Tartarin tuvo miedo, y sin embargo se quedó en acecho una hora, dos; mas el heroísmo tiene sus límites... Cerca de él, en el lecho desecado del río, el tarasconense oyó de pronto ruido de pasos y de piedras que ruedan. Esta vez el terror le hizo levantarse, soltó á la casualidad dos tiros en la sombra y se replegó á escape en el religioso edificio, dejando su cuchillo de monte en la arena como una cruz conmemorativa del más atroz pánico que haya asaltado

nunca el alma de un domador de fieras.

—¡A mí! ¡Príncipe, el león!...

Silencio completo.

—¡Príncipe, Príncipe! ¿Estáis ahí? clamó Tartarin.

Su Alteza no respondió.

En la blanca pared del sepulcro no se veía más que la sombra fantástica del camello.

El príncipe Gregory acababa de tomar las de Villadiego, llevándose la cartera y los billetes de Banco.

Hacía un mes que esperaba aquella ocasión.



VI

¡POR FIN!

AL día siguiente de aquella trágica noche, cuando nuestro héroe, al amanecer, se sintió más sereno y adquirió la certidumbre de que el Príncipe y el dinero habían desaparecido para siempre; cuando se vió solo en aquel blanco sarcófago, robado, engañado y abandonado en plena Africa con un solo camello y algunas monedas por todo recurso, el tarasconense dudó.